
Recensión de Libros

Francis Fukuyama
El fin de la Historia y el último hombre
Editorial Planeta, 1992 (474 pp.)

por *Julio Seoane*
Universidad de Valencia

El libro de Fukuyama, al igual que su conocido artículo pero en esta ocasión de forma manifiesta, puede incluirse en el género político que a veces se denomina de terapia social, puesto que intenta curar a occidente de la depresión o, por lo menos, de su pesimismo democrático. En las primeras páginas, en la 13, realiza el diagnóstico: «En occidente nos hemos vuelto enteramente pesimistas acerca de la posibilidad de un progreso general en las instituciones democráticas». Después de un largo y profuso recorrido terapéutico a lo largo de la cultura y de cuatrocientas páginas nos demuestra en la 447 que no hay razón para el desánimo, que el futuro no sólo está garantizado sino que ya lo hemos conseguido: «La humanidad aparecerá como una larga caravana de carretas que avanza por el camino [...] Varias carretas, atacadas por los indios, habrán sido incendiadas y abandonadas por el camino [...] Pero la gran mayoría de las carretas seguirán el lento avance hacia la ciudad, y muchísimas acabarán llegando a ella». El acto terapéutico está servido, la Europa convaleciente de sus últimas convulsiones no tiene que temer, sino que debe confiar; Nietzsche decía que no hay animal más agradecido que el convaleciente.

Cualquier resonancia platónica en la metáfora de Fukuyama sobre la caravana y el carro es claramente errónea, su inspiración tiene un origen evidente y los símbolos son claros y precisos. La caravana es

occidente, los carros son los distintos países tirados, como veremos, por dos caballos o principios motores; la ciudad representa la democracia liberal, el camino es la historia; sobre los indios es mejor no preguntarse.

Dos caballos utiliza Fukuyama para arrastrar la carreta en su camino hacia la democracia liberal. El primero es la ciencia natural galopando hacia dos objetivos modernos: la «tecnología militar», por un lado, y la «satisfacción de los deseos humanos», por otro. En esta ocasión, el conocimiento científico se pone respectivamente al servicio de tánatos y eros, conocimiento que, a su vez, no significa otra cosa que desarrollo económico, productos de consumo, tecnología y, en ningún caso, concepción cultural del hombre y de su sociedad. Según su visión, la ciencia natural moderna «por consenso común, es a la vez acumulativa y orientadora», es decir, semejante a la economía de mercado.

El segundo principio, el que relaciona con el motor de la historia, es la lucha por el reconocimiento, que en sus orígenes significaba riesgo, coraje y afán de dominio, pero que en la poshistoria ya está civilizado y orientado al logro económico y social. Fukuyama fundamenta el concepto en Platón y dice recogerlo de Hegel, pero en realidad recuerda mucho más a la década de los 60 en la psicología política americana, especialmente preocupada por el activismo político en Estados Unidos, y que se concretó en diversas formulaciones sobre el motivo de eficacia personal (competencia, necesidad de logro, participación, control personal, entre otros, y más tarde en la dimensión psicológica del maquiavelismo). «En el mundo poshistórico—dice Fukuyama—el deseo de conservación confortable se ha colocado por encima del deseo de arriesgar la vida en un combate por el prestigio, y el reconocimiento universal y racional ha sustituido la lucha por la dominación». He aquí el fundamento de la reconciliación universal, de la paz mundial, del orden internacional; en definitiva, la motivación básica del último hombre.

Sin embargo, existe otro escenario posible, tal posible al menos como el de Fukuyama y que no menciona, insinuado claramente por uno de los clásicos citados en su libro; Spengler piensa que las guerras en las épocas de la paz mundial son guerras privadas, mucho más terribles que la guerra entre Estados, porque son informes; añade Spengler que la paz mundial—que ha existido muchas veces—significa la renuncia privada de la enorme mayoría a la guerra; por lo cual esta mayoría, aunque no lo declare, está dispuesta a ser el botín de los otros, de los que no renuncian. Comienza con el deseo, dice, de una reconciliación universal y termina

no moviendo nadie un dedo cuando la desgracia cae sobre el vecino. Algunos de estos síntomas, quizá no todos, tienen realidad en la Europa de hoy, cerca, muy cerca de nosotros; en política se llama cesarismo como forma de gobierno, donde lo único que significa algo es el poder personal que ejerce por sus capacidades el César. En cualquier caso es otra posibilidad que sería necesario descartar antes de admitir las tesis de Fukuyama.

Sin duda existen motivos en la actualidad para defender la democracia liberal; también para desconfiar de muchos de sus efectos colaterales. Pero, en cualquier caso, los caballos, la carreta y la ciudad de Fukuyama tienen poco que ver con un pensamiento reflexivo o con una argumentación profunda. Por su pluma pasan a velocidad supersónica, nunca mejor empleado, y desde luego no al paso despacioso de mi carreta, Hegel, Marx y el subproducto de Kojève, Nietzsche, Newton, Hobbes y Maquiavelo, Weber, Kissinger y Allan Bloom, Adam Smith, Revel, Platón y Popper, y un largo etcétera. Ante la loable tentación de realizar una exégesis sobre la influencia de estos diversos autores sobre su pensamiento, existe otra no menos atractiva de pensar en una superficialidad de trato que tiene con muchos de ellos, en ideas demasiado generales y en semejanzas a veces frívolas. Uno de sus preferidos, Alexis de Tocqueville, anticipó hace dos siglos una crítica precisa y demoledora para ese ritmo y estilo de pensamiento; decía Tocqueville que los hombres que viven en tiempos de igualdad tienen mucha curiosidad y poco tiempo libre; su vida es tan práctica, tan complicada, tan agitada, tan activa, que les queda poco tiempo para pensar. Los hombres de los siglos democráticos aman las ideas generales porque les dispensan del estudio de los casos particulares. Contienen —continuaba diciendo—, si puede decirse así, muchas cosas en un pequeño volumen, y procuran en poco tiempo un gran provecho. Así pues, cuando tras un ligero y breve examen creen percibir una relación común entre ciertos objetos, no llevan más lejos su búsqueda, y sin examinar detalladamente el parecido o la diferencia entre tales objetos diversos, se apresuran a clasificarlos bajo la misma fórmula, para pasar a otra cosa.

La caravana poshistórica es otra película más y, como siempre, el director decide el desenlace, mientras que la historia real es el resultado de la acción recíproca de muchos.